

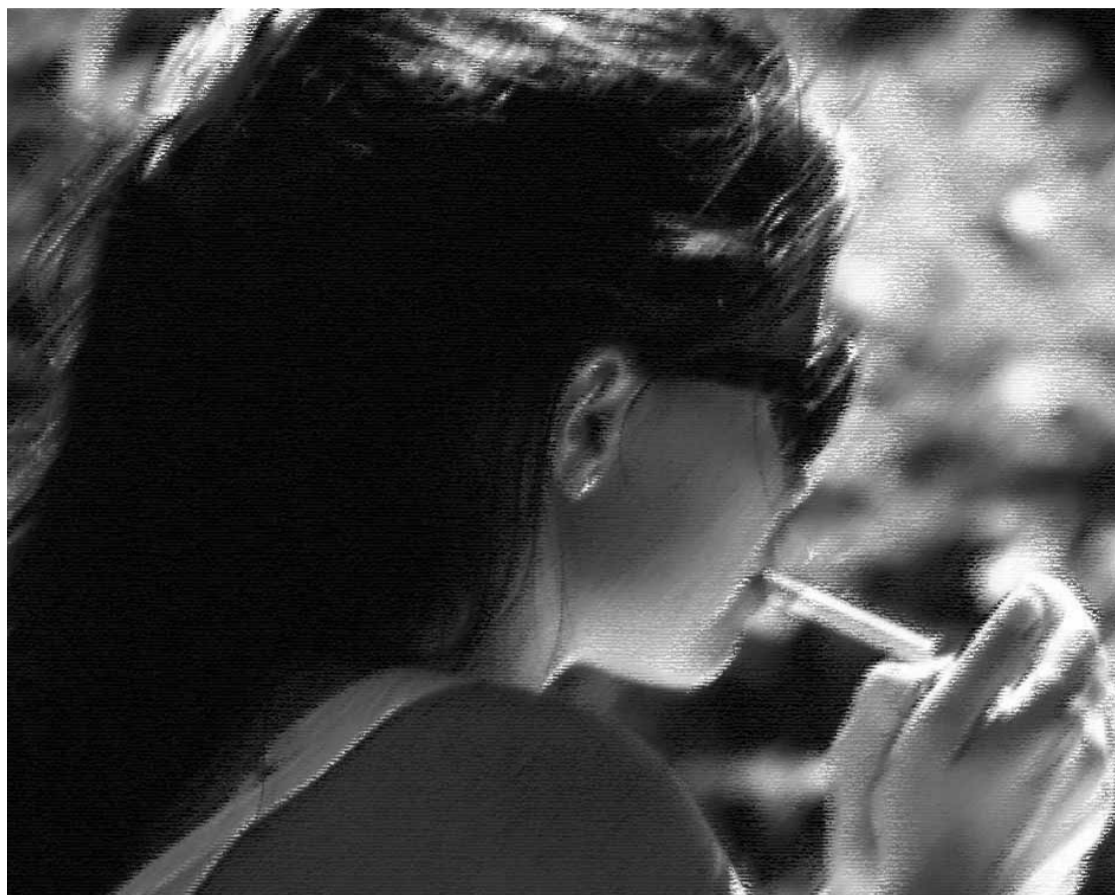
El mal del mar muerto

Ella le pregunta por el color del mar.
Usted dice: Negro.
Ella responde que el mar nunca es negro,
que debe usted confundirse.

El mal de la muerte.
Marguerite Duras



Pedro Antonio
Curto



Un hombre mira el mar mientras anochece. Está de espaldas a un paseo por donde deambulan seres nocturnos; da la espalda a la ciudad. Una mujer se le acerca, le pide fuego, tiene un pitillo entre sus labios rojos, él la observa de soslayo. Le da fuego y contempla su rostro a la luz de la pequeña llama.

Debiera haberla encontrado antes, antes de que las arrugas surcasen su rostro, antes de que el infortunio habitase en su ser, antes de que su alma se agrietase, antes de que su mal le inundase, antes...

Ella le dice que el mar es azul, pero él lo niega, es negro, negro como la noche que se avecina. Ella le dice que es un efecto de la falta de luz, que es necesario verlo por el día, pero él argumenta que es la luz quien engaña nuestra vista, el mar es negro. Hay que saber percibir con todos los sentidos, a veces nuestra mirada nos engaña. La mujer duda entonces, y se calla.

Debiera estar en alguna parte, en el instituto, en la facultad, en un bar, en una calle, habitando algún barrio del extrarradio, en aquel paseo... más no la hubiera visto, porque su mal, le ha acompañado desde siempre.

Ella le pregunta si espera a alguien; él mueve la cabeza afirmativamente.

- Tengo una cita ineludible- le dice.

- ¿Ahora?- Pregunta la mujer.

- Hoy, mañana... ella lleva demasiado tiempo esperando y está cansada.

- ¿Podría haber una pausa, un aplazamiento?- Indaga y sólo entonces el hombre deja de mirar al mar, deja de dar la espalda.

- Podría...pero, ¿por qué?

La mujer no responde, no necesita hacerlo; le está mirando con pupilas encendidas.

Quedan para la noche siguiente, en un hotel próximo al lugar. El hombre le ha ofrecido dinero, ella lo ha aceptado con una sonrisa cómplice.

- Será sólo una pausa, una pequeña pausa-dice él antes que ambos se separen.

El hombre está en la habitación del hotel vestido con un traje oscuro y la espera sentado en el sillón. No ha querido quedar con ella en el paseo ni en ningún otro lugar, se ha refugiado en aquel cuarto enmoquetado, relativamente lujoso, que sólo tiene una ventana a través de la que se puede ver un mar que oscurece con el día que se va.

es medianoche cuando ella llega, va vestida con sencillez, pero le atrae como la nieve de oriente.

-¿He llegado tarde?- Pregunta ella tras entrar en la habitación y cerrar la puerta que los aísla.

- Siempre se llega tarde a algunas cosas. A alguna ni siquiera llegamos.

- ¿A que?, por ejemplo- pregunta la mujer con ingenuidad mientras se sienta en la cama.

- Al deseo.

-¿Al deseo? Creo que es algo a lo que llegamos muy pronto, cuando somos adolescentes ya nos empieza a invadir.

- Sí, pero eso es la tentación, el instinto animal que domina en nosotros y apenas sabemos comprender. Pero el dialogo con el, es un largo aprendizaje al que apenas llegamos a tocar suavemente.

Él es un hombre con arrugas en la frente, con las manos temblorosas, las pupilas cubiertas por la sombra de una telaraña, y sin embargo quiere ver, quiere descubrir, aún, aún... Porque la vida se percibe en la piel, porque la vida parte del cuerpo, incluso, en la decrepitud del suyo.

Ella es joven, podría ser una muchacha, incluso una adolescente, pero no lo es, porque cuando un cuerpo se encuentra con una caricia que la ama, o que no la ama, se va pudriendo, adquiriendo una arruga en cada parte de su piel.

ella se acerca y acaricia al hombre sus cabellos blancos. Él la coge por las muñecas y hace que baje a la altura donde se encuentra sentado. Ella confunde ese gesto y se dirige a la entrepierna, le baja la cremallera, pero él le aparta la cabeza.

- ¡No, no...!- Exclama, porque recuerda, recuerda...

Guardaba en su memoria la sensación de que la piel se callaba, que le era imposible gritar, aunque el deseo golpease contra las puertas de sus sentidos y amenazase con que las aguas penetrasen dentro. Pero eso nunca ocurría, era vivir en el interior de un volcán cuya lava hervía, pero nunca salía al exterior. Así, aquella

piel, aquel cuerpo que respiraba deseo, era la cárcel que lo encerraba.

Y lo supo visitando camas rojas, lechos tranquilos, puertos oscuros, la pensión triste de la monotonía o la alegría efímera del olmo rebrotado...pero siempre estaba ahí, la inaccesible.

el hombre coloca sus dedos sobre los labios femeninos bañados en rojo carmín y hace que la pintura se extienda por los contornos de la boca hasta

hacer que el rostro-joven y delicado-adquiera

un aspecto grotesco. Después la besa y él también se impregna del carmín rojo. Ella le quita las ropas y con su desnudez queda al descubierto su sexo inerte.

- Debo tener un aspecto ridículo, aquí sentado, viejo y desnudo.

- Ámame, así serás joven.

-Si te amo, moriré.

Ella comienza a desnudarse, "despacio por favor", le dice él,

y ella atenúa sus movimientos. Cae la falda, el suéter, el sujetador, las bragas, los tejidos quedan esparcidos por la habitación como una cosecha. El hombre se levanta, coge la ropa de ella, la acerca a su rostro y la huele, luego la abandona. La agarra de la mano y la conduce a la cama, lo hace como si se tratase de una niña, con la delicadeza que se trata la fragilidad.

Sus dedos recorren su rostro, le cierran los ojos y acarician los párpados, caminan por la nariz, se extienden por las mejillas, por sus labios, juegan con el mentón, le hace cosquillas y ella sonríe, también lo hace él. Acerca su rostro y besa su cuerpo, se inunda de él, sus labios se rozan contra la piel como si pretendiese fusionarse con ella. Pero en un momento, él se para, se

**Sólo a ti podría
amarte, sólo a
una puta se ama
realmente.
Lo demás son
esposas, novias,
amantes.**



Últimos libros
del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto

<http://www.curtoescritor.com>

levanta, se viste, va hasta la ventana y contempla el mar, el mar negro.

- ¿Qué pasa?- Le pregunta ella y cuando él vuelve el rostro, está bañado en lágrimas. La joven se acerca a él y besa sus lágrimas.

- Déjame ser tu puta- le murmura al oído.

-¿Por qué? Tú en realidad no eres prostituta.

- No, no lo soy, pero he aceptado su dinero.

- ¿Por qué lo has hecho?

- Quería justificarme a mi misma, darme una razón para poder estar con usted.

El hombre le limpia con un pañuelo el carmín rojo que antes le ha extendido por su rostro, luego la besa, sus labios, sus hombros, atrapa el lóbulo de las orejas y lo muerde ligeramente, ella se queja.

-Perdona- se disculpa él.

-No, no, sigue por favor, soy tu puta- le dice ella y cierra los ojos, echa sus cabellos hacia atrás, extiende los brazos, como muertos, en actitud de entrega. Por unos momentos le gusta aquella situación, aquel dominio del cuerpo femenino entregado que tantas veces ha visitado, sabe que ahí está su mal, su imposibilidad; de todas formas continúa, porque quizás perciba que nada va a cambiar.

La coge entre sus brazos, la lleva a la cama. Se quita la corbata, se desabrocha la camisa, parece un hombre sediento. Besa sus pechos, pequeños montículos de coronaciones oscuras que recorre con los labios desde la base hasta los pezones erectos. Así sabe que ella puede sentir, que es capaz de cruzar las fronteras ante las que él cae derrotado. Y también ha comprendido, que aquello es algo más que un mal físico.

- ¿Es imposible que me ame?- Le pregunta ella con voz tenue.

- Sí, sí, es imposible- le responde él con un tono exhausto.

- ¿Por qué moriría?

- Sí, por eso- le responde sin poder siquiera mirarla.

- Pero quien ama, vive- le dice ella y acaricia su rostro sudado.

- ¡Quisiera amarte! ¡Quisiera amarte!- Exclama él y se extiende sobre su cuerpo. Acaricia su estomago, lo besa, hunde su lengua en el ombligo de la vida. Se para durante unos instantes, la contempla en silencio, besa el vello púbico, un pelo ensortijado en el que su lengua se pierde como en un bosque hasta encontrarse con sus labios. Es entonces cuando ella separa los muslos y la cueva rosácea se muestra abierta, como una gruta misteriosa que apartase la piedra que impedía el paso en virtud de haber resuelto un enigma. Ante el gesto de la mujer, él empieza a llorar. Otra vez, ella absorbe sus lágrimas.

- ¿Has amado a una mujer alguna vez?- Le pregunta.

- No, nunca. No he querido. No, he podido.

- ¿Por qué? ¿Porque morirías?

- Sí, así es.

- Es raro, no lo entiendo.

- Es algo así como lo de las abejas, en que el macho muere después de fecundar- le dice él. Y ella ríe, también lo hace él, por primera vez su relación abandona el tono sombrío. Pero es un instante, su rostro vuelve a adquirir el rostro del desasosiego, la tristeza sostenida en las facciones, y él se entrega a la exploración del cuerpo de la mujer. Le da la vuelta, ella se deja hacer. Descubre la planicie de la espalda, el montículo de las costillas, las sonrosadas nalgas, las deslizantes piernas. Aparta los cabellos y deja al descubierto su nuca.

- ¿Sabes que los japoneses creen que aquí hay un gran poder de seducción?- Le pregunta mientras la besa en aquel lugar.

- No, no lo sabía. No se tantas cosas, tú podrías aprenderme.

-¿Yo? Sólo soy un pobre viejo y lo único que puedo enseñar es hablar de la insatisfacción, de un hombre sediento que encuentra un oasis y no puede beber de unas aguas que le parecen cristalinas y maravillosas. No sabes que tormento es ese.



el hombre se desnuda completamente y se tumba sobre su espalda, la abraza, uniéndose a ella como quien se ahogara y se agarrase a los restos de un naufragio para no hundirse.

- Mi puta, mi deliciosa puta- dice él con un murmullo.

- Sí, sí...soy tu puta, a la que nunca podrás amar. Porque nunca se ama a una puta, porque nunca se ama a una mujer como yo.

- Sólo a ti podría amarte, sólo a una puta se ama realmente. Lo demás son esposas, novias, amantes, prostitutas... ¡Sólo a ti!- Y su voz se extenua con una languidez que parece infinita.

Los dos se han dormido, uno frente al otro, unidos por brazos, piernas, los rostros casi juntos, pueden sentir la respiración del uno en el otro. Es él quien primero se despierta, se levanta, va hasta la ventana y mira al exterior donde le espera la cita aplazada. Enciende un cigarrillo, se aproxima a ella y la contempla durmiendo. Se embelesa con su suave respiración, un vaivén marino que hace bailar sus pechos en un vals lento donde el quisiera hundirse.

- ¿Me mirabas?- Le pregunta ella cuando se despierta.

- No, te adoraba, mi pequeña diosa, mi pequeña puta.

- Dicen que se empieza a amar cuando se adora.

- Sí, quizás, pero también es el comienzo del odio cuando el ser al que se adora se baja del pedestal. Yo a ti te adoro a la intemperie, sin templos, como un vagabundo que ha encontrado una imagen religiosa entre los escombros.

ella le quita el cigarrillo de su boca y exhala varias caladas, echa el humo sobre él y su rostro se cubre con una especie de niebla. Cuando el rostro se libera de ese manto, le parece volver a descubrirlo y se da cuenta que se necesitan. En aquellas facciones cansadas hay un ser que la espera, un ser que se ahoga, y por eso lo besa con desesperación.

-Nos queda poco tiempo- dice él, y se abalanza sobre ella, no espera que vuelva a la cama, con la espalda apoyada sobre un lateral, le separa los muslos y la abraza, sin adentrarse en su interior. Quizás no sea lo que ella espera, lo que una mujer aspira a recibir, pero él lo necesita, como un estertor, la última morada en la tierra de un naufragio.

- ¡No, no cierres los ojos!- Exclama él- mírame, aprésame en tus pupilas.

-Lo estarás siempre.

-No, no, después olvídate, destiérrame de tu memoria.

Se ha acercado a ella con las dudas de siempre, con los temores que habitan en sus recónditos interiores. Ha visitado su más profunda ciudad y laberinto: ha tratado de encontrar en su luz un hueco, un mar en el viento, el eco antes del ruido. Pero sigue estando allí el tiempo roto, la marea negra, vacía. No hay rumor del mar, silencio, silencio, o peor aún, un grito ahogado. Por eso sigue siendo, como ella, como la otra, como todas, el imposible diálogo con el deseo: la inaccesible.

Por eso, cuando todo acaba, en ese rincón tranquilo que es el semen derramado entre las sábanas, sobre un cuerpo, él es un hombre que no puede relajarse, su mar sigue inquieto, no hay marea posible bordeando la playa, ni siquiera existe sueño, sólo pesadilla. La muchacha se ha vuelto a dormir. Él la contempla desde el sillón, vestido con su traje oscuro; otra vez está llorando.

-No, no temo a mi muerte, yo ya sólo soy un moribundo. Si te amo, temo matarte a ti, contagiarte mi mal, arrancarte un trozo de vida. Yo soy aquí la furcia, la que disimula, porque no puede hacer otra cosa, no sabe el lenguaje del placer. ¡No tengo derecho!- Le dice a aquel cuerpo dormido.

el hombre mira por la ventana, la oscuridad lo cubre todo, ni siquiera se ve ese mar donde le espera una cita. Luego se levanta, la mira por última vez, abre la puerta y cierra con suavidad, para no enturbiar su sueño.